



Ay es que soy funcionario del Partido Comunista más chiquito del mundo uno que trató de hacer su revolución sin miles de muertos; porque se arruinarían las posibilidades de la agricultura nacional con las tumbas. R.D.

TONICO PERSON

UNIDAD DEL CENTRO DE EL SALVADOR

Saludemos la
De hijos suyos poderemos llamar;
Y juremos la vida animosos,
Sin descanso a su bien consagrar.

SALVADOR

LA PAJARA PINTA

45

PUBLICACION DE EDITORIAL UNIVERSITARIA - UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

SEPTIEMBRE DE 1969

San Salvador

manlio argueta



(Fragmento de la novela *El Valle de las hamacas*, en prensas de Editorial Suramericana, Buenos Aires, Argentina).

Se te olvida que estás subido en el autobús mientras las calles se hacen más estrechas miras la hora en el reloj del Teatro Nacional y miras más allá cerca de la Cafetería Doreña a Oswaldo Escobar rodeado de una recua de ángeles que después se convertirán en poetas jóvenes que por desear ser buenos la emprendieron contra todos los molinos convirtiéndose así en los malvados del grupo social, en los enemigos de todo, hasta quebrar sus lanzas de caballeritos. Llegas a la Segunda Avenida llegas a empollar en el nido de la ciudad por aquí donde don Diego o don Pedro de Alvarado (historia desleal y distinta, hecha por los hombres, estamos jodidos) sentó sus reales nalgas de príncipe azul y con una varita mágica sembró esta semilla de civilización que apenas sobresale hacia la luz como si quisiera germinar. E irá Oswaldo Escobar burlándose de todo y de todos con un afán suicida todos los días para no traicionarse mientras monstruos terribles horadan el cerebro y le echan gotitas de inspiración poética, rayos de lucidez por entre las orejas, que se meterán como anguilas de río en los animales muertos; cartuchitos de inteligencia infantil que harán travesuras tal como poner "hijos de mierda" en las paredes limpias y recién pintadas. Oswaldo es una válvula de escape para la alegría que no se sabe su límite con los demás; Oswaldo, el verdadero fundador del Valle de Las Hamacas siglos después de lo de don Pedro o don Diego; el valle de las hamacas como un cigarrillo de cenizas, como una palabra de amor dicha por el adúltero, como un aire de mar en un agujero de caca.

Y se te olvida que viajas en autobús y te duermes a los sagrados auspicios de la multitud. Yo te consagro ciudad hija de dios muy noble y leal a la corona, esclava fiel, siervo que encenderá todas las feos que necesita el amo para no tropezar; te consagro dadora de tu misma sangre, ingenua porque crees en todo lo que digo; porque mi palabra es espejo donde te miras, esclava, sierva, te consagro a vivir plenamente como mereces; a no aspirar, a no levantar la mano, a no hablar mientras yo hablo, a no sonreír sino cuando te lo ordeno, si así lo hicieréis que la corona os premie si no que os demande. Desde entonces la patria está demandando a miles y miles de personas que se atrevieron a romper la promesa. Siempre hubo alguien que se volcara hacia un nuevo fanatismo. El fanático es un ciego con una idea en desarrollo, decían; pero el nuevo fanático es otro tipo de ciego, su ceguera sólo afecta la visión de su alrededor pero puede ver más allá, hasta donde no llegan los ojos de los ciegos; el fanático tropieza con la piedra de enfrente y con la piedra lejana, los ciegos tropiezan con la piedra lejana sólo. La visión es un largo túnel cuyo extremo de luz se retira como si fuera una distancia con elasticidad. El nuevo fanático se atreve a romper con don Pedro de Alvarado porque don Pedro y sus

congéneres sólo tuvieron la valentía y ambición personal, sus pantalones bombachos, la goliarda, la coraza; de ahí el valor cuando penetran el misterio de la maleza en aquel tiempo en que la onza y el tigrillo se amaestaban para amamantar a los pequeños príncipes de los cacicazgos que por eso tenían la agilidad de las fieras, la mirada de los gatos de monte; y don Pedro se sentía incómodo ante la desigualdad. Desde mucho tiempo había soñado que alguna vez enfrentaría la fuerza contra la magia y por eso llevó cargado el arcabuz, para convertirse en nuevo dios que vendría a sustituir a los dioses antiguos. Don Pedro es un valiente por cuanto sobrepuso sus armas a la magia de los aborígenes; así cuando vio volar a uno de los jóvenes príncipes, sin desmayo alguno levantó el arma a la altura de los ojos y apretó el disparador; el joven príncipe dio una vuelta sobre los balsamares buscando un lecho donde caer herido de muerte, tropezó en el aire con un agujero en las alas y un trazo de sangre en la mañana de la demostración; desde entonces quedó un arco iris para todos los que sueñan; el joven príncipe suspendido en el aire y luego en la rama de los balsamares estuvo varias horas sin que nadie se atreviera a desprenderlo porque eso significaba la imputación de brujería. Desde entonces, pocos se atrevieron a volar; cuando don Pedro de Alvarado se dio cuenta que los hombres voladores no eran brujos sino hombres que como tales habían sido amamantados por las onzas y los tigrillos cuya leche transmitía el espíritu volátil, era demasiado tarde pues todos los jóvenes ex-príncipes habían perecido ante los tiros de los arcabuces y las ballestas. Con el terror se cumplieron los mandatos de sumisión; por períodos largos en la historia, fueron apareciendo los émulos de los jóvenes príncipes, los nuevos fanáticos se enfrentaban a las ballestas de los constructores de civilizaciones, a los favorecedores de los pueblos; más tarde aparecerían otros príncipes colgados de los palos y de las ramas; la cabeza de Anastasio Aquino fue sembrada en la punta de una vara de madrecaoa con flores que se confundían con los borbolloncitos de sangre y fue pasando como un estandarte mientras las viejas se persignaban de satisfacción y las autoridades lanzaban anatemas contra la perdición del hombre y echaban agua bendita en cada una de las piedras en que florecía una gota de sangre caída de la vara de madrecaoa; aún se le teme a Anastasio Aquino pues dicen es un ángel en pena en busca de su cuerpo, que con sus ojos enciende fogatas en la montaña (desde las ciudades en las noches tormentosas se miran los puntos rojos cruzando el cielo), registra cada una de las casas de los campesinos mientras éstos hacen las cruces que les enseñó el cura reaccionario. José Ama, otro joven príncipe, intentó volar, ya en nuestros albores, pero no pasó de un árbol de amate donde fue colgado en el centro del parque en la ciudad de Izalco; su cuerpo y su espíritu fue llevado volando por los zopilotes hacia el cielo y aún caen sus gotas de sangre en el Cerro Verde (la lluvia es roja) aún sopla el viento de Ama, los indios dicen que es el viento de la montaña.

LA PAJARA PINTA

RESPONSABLES

Italo López Vallecillos

Manlio Argueta

Alfonso Quijada Urías

José Roberto Cea

Imprenta Universitaria 5a. Calle Ote.
220, San Salvador, El Salvador, C. A.

San Salvador

josé roberto cea

“Cuando me vine de casa, después de mi fuga del seminario, sí me sentí solo. Vine a esta ciudad sin conocer a nadie. El dinero —muy poco por cierto— me lo robaron en la terminal de autobuses. Nunca me he sentido tan pequeño como entonces, tan abandonado, no sabía qué hacer, hasta hablar con las personas que me hacía difícil, me imaginaba que hablaban otro idioma, las calles me parecieron enormes, la ciudad interminable, superpoblada. Los automóviles no me dejaban cruzar las calles, no alcanzaba a comprender el movimiento de luces de los semáforos.

El robo de que fui víctima me retuvo en la ciudad, pues mi primera intención cuando llegué fue regresar a mi pueblo. Aunque mis padres me castigaran por mi fuga del seminario. Después, otras circunstancias me detuvieron como hasta hoy. La primera noche que vine, dormí entre las piernas de Isabel la Católica. La columna que estaba a sus espaldas hedía a mierda y a orines; aquel sitio, después supe que era el palacio nacional, me pareció un W.C. público. Pero dormí allí; en el otro extremo, donde está Cristóbal Colón, dormían otras personas. Conforme pasaba en tiempo el sitio se iba llenando de nuevos habitantes, en la madrugada éramos como veinte las personas que allí dormíamos. Cuando estaba clareando sentí que me hurgaban en los bolsillos, me levanté con violencia, choqué contra la falda de bronce de Isabel la Católica, los que hurgaban mis bolsillos salieron corriendo, creo que asustados por la sangre que me manaba de la cabeza; medio atontado dejé la estatua y me senté en las gradas, no tenía un pañuelo para amarrarme la cabeza, la sangre me escurría por entre los dedos, me manchó la camisa; alguien me dio pedazos de periódicos para que me limpiara la sangre; varias personas me rodeaban, todas opinaban: unas decían que me habían pegado con una piedra para robarme, otras que con un garrote, las demás afirmaban que con una cuchilla de zapatero me habían herido. Alguien más práctico me señaló donde quedaba la Cruz Roja. Ya iba en camino cuando un policía me detuvo y trató de investigar lo que pasaba, una de las personas que me acompañaban explicó lo que había escuchado, el policía no se convenció, trató de llevarme preso, las gentes que salían de misa de catedral y los que me acompañaban lo impidieron y no dejaron que el cuillio consumara sus deseos, como lo insultaron me amenazó diciéndome que me esperaría a la salida de la Cruz Roja, yo tuve miedo y a las personas que me rodeaban les expliqué lo que me sucedía, por supuesto que corregido y aumentado; ahí comprobé que la fantasía, la imaginación bien aplicadas, producen frutos de salvación. En ese mismo momento manos píasos me extendieron dinero con el que tuve para pagarme alguna comida, comprar pañuelos e introducirme en el mundo abigarrado de esta ciudad. Fui a la Cruz Roja, ahí las enfermeras me trataron mal, mucho más todavía cuando comprobaron que no tenía documentos que me acreditaran; me raparon con una máquina de afeitar sin filo, yo sentí que me arrancaban todo el cuero cabelludo, eso fue poco; más grande fue el dolor cuando me cosían la herida. Me dijeron que aguantara, no había suero anestésico local para inyectarme en la parte golpeada. Así que soporté diez puntadas que todavía me duelen. Recuerdo que cuando grité, me dijo la enfermera: “Sea hombre, no llore”. Desde ese momento sólo pujé y pujo, cuando lloro es que estoy a pija o solo”.

Carlos siguió diciendo que aquella sensación de soledad que había sentido cuando llegó a la capital sólo la volvió a sentir cuando viajaba por Europa. “Es distinto, son otros países y aquellas si son grandes ciudades, no como esta, que ha crecido, es cierto, pero no como las que visité en mi viaje. Por allá pensé en el primer día que pasé aquí; por un momento sentí temor, pero éste luego se evaporó cuando conocí a mi guía”. Arucha se puso a silbar Nathali, la canción de moda, Carlos lo interrumpió: “No, no creas, no era como la Nathali de esa canción, era más bonita y se llamaba Natasha, un bomboncito del cáucaso, pero dejemos eso, quería decir que esta ciudad desde entonces me desconcierta, creo que ha crecido en profundidad, debido, digo yo, a tanto terremoto que ha padecido. No se, la verdad es que me confunde más cada día”. Arucha le preguntó que como la había pasado después de su viaje a la Cruz Roja; Carlos contestó que con el dinero de la colecta pública que le hicieron tuvo para comer; por la herida conoció algunas personas que le dieron referencias donde podía buscar trabajo. “Sólo comía un tiempo al día y por cincuenta centavos pagaba una noche en una buhardilla de la calle Célis. Aquel dinero se agotó y me fui a la terminal de buses de oriente a cargar bultos. Para entonces la herida ya estaba cerrada y podía hacer fuerzas. Como hubo días que no gané nada más que para comer, me tocaba ir a dormir a donde Isabel la Católica o enfrente, donde Cristóbal Colón. Una vez, como encontré lleno aquel sitio, tuve que dormir entre las patas del caballo de Gerardo Barrios, ahí aguanté frío y lluvia como nunca he aguantado. Después conseguí de bodeguero en una construcción, entonces

ahorré; en el día trabajaba de ayudante de albañil o de carpintero y en la noche me pagaban porque durmiera en una barraca que estaba pegada a la casa que construíamos; en contra de lo que yo había pensado, aquello no me duró poco, le caí bien al maestro de obras y por ahí conseguí un camino fácil... Desde entonces puedo decir que la vida sino se ha reído conmigo tampoco me ha hecho llorar. Siempre un ángel de la guarda que me guarda reservas de amor o a saber de qué, la verdad es que aquí estoy herido y más herido pero en pie, esperando lo peor, como todo solitario que no encuentra o no lo encuentran sus personas gemelas; algo pasa, alguien nos dispersa...

Pero esto puedo razonarlo hoy, después de tanto sismo interior que me ha conmovido o paralizado.

—¿Estás en la edad de la razón?

—Estoy en la edad de la razón.

—Pero creo que no lo has contado todo.

—No. Hay cosas que se quedan solo para uno, que son sólo de uno, no pertenecen a nadie más.

—Así me pareció.

—Uno debe tener sus secretos para vivir.

—Es posible.

Carlos se calló. No dijo más. Se quedó pensando. Se acordó cuando había conocido aquel pederasta que le decían Elsa Aguirre o solo Elsa. “Decir ciertas cosas es permitir que piensen mal de uno, es mejor callarlas. El pederasta me llevaba regalos, se portaba como una

(Pasa a la página 7)



San Salvador

José N. Rodríguez R.

RETABLO PRIMERO

15 DE SEPTIEMBRE, 1821:

PLATO PRINCIPAL: GUAJOLOTE

En el telón de boca, un rótulo dorado: 15 de septiembre, 1821.

El escenario dividido en dos secciones: una anterior y otra posterior oculta hasta que aparece el sirviente.

Decorado realista simplificado con practicables.

En la sección anterior, sala Vicabrac tres estilos: biedermeier, neorrocó e imperio, con los siguientes detalles:

Los tapetes y tapices de colores chillantes y el bordado de "petit point" grueso. Lámpara estilo imperio, un poco baja, a dos metros y medio del tablado. Las cuentas de prismas muy sueltas y abundantes. En uno de los laterales cerca del primer plano un diván Madame Recamier y en el otro lateral, casi en la misma posición, un escritorio imperio. Sobre el escritorio, reloj de uno de los tres estilos. En cualquier lugar fuerte del escenario, un retrato de Fernando VII. Cerca de uno de los tres sillones una mesa inglesa para colocar licores. A la derecha la puerta principal. A la izquierda un balcón cerrado con vidrieras color rosa. En el telón de foro un rótulo blanco: plato fuerte: guajolote.

Los personajes con los siguientes detalles:

Gabino Gaínza: sesenta años, de mediana estatura, gordo, en un uniforme militar; frac cruzado y abrochado; el cuello tan alto que le impide los movimientos de la cabeza; el galón dorado muy grueso y las botas sumamente bajas, lleva guantes blancos.

El arzobispo: sesenta años, delgado y elegante; solideo armado de color lila, sobresaliente; babero blanco immaculado con bordes también lila; esclavina casi roja; capa pluvial morado profundo; sotana lila tierno; guantes morados y el anillo descomunal.

El Marqués de Aycinena; rostro maduro pero joven, alto, banda de condecoración en tres colores y el Toisón de oro, exagerado.

José Cecilio del Valle: cuarenta años, de mediana estatura, delgado; de negro, con birrete y guantes blancos.

Isidoro Castriccione: cincuenta años, gordo, cabello entrecano; frac a rayas grises; cabeza descubierta; la pechera muy bordada; manos desnudas teñidas de azul.

Irrizari: cabello entrecano, cincuenta años; frac y guantes amarillo oro; la cabeza descubierta.

Barrundia: joven vigoroso, de mediana estatura, unos treinticinco años; pantalón amarillo oscuro, muy ceñido; botas café lodosas; cabello negro despeinado; lleva un látigo en la mano.

Sirviente: joven, la piel morena oscuro, unos treinta años; frac rojo a rayas.

El telón de foro se correrá, en su oportunidad, a la italiana. Dejará ver un comedor imperio, aderezado para siete personas. Una lámpara ligeramente más alta que la otra, imperio simplificado. En el centro de la mesa un guajolote descomunal.

La escenografía será pues muy rica de colores, llena de boato, un tanto extravagante.

Es el 15 de septiembre de 1821. Las cinco de la tarde. Al levantarse el telón de boca, aparece Gabino Gaínza, sentado en el escritorio; firma papeles. Por el balcón entran los últimos rayos del sol. Se advierte que Gaínza tiene prisa en terminar. Mira el reloj varias veces; termina de firmar; se levanta y camina contoneándose hacia el último plano; corre un tanto el telón de foro, asoma la cabeza; hace señas sigilo-

sas con las manos, entran agachados y separando apenas el telón, el Marqués de Aycinena, José Simeón Cañas, Irrizari e Isidoro Castriccione; caminan hacia el primer plano seguidos de Gaínza; toman asiento y dejan libre el diván, hacen un gesto de interrogación a Gaínza; este mueve la cabeza y se encoge de hombros; les indica que esperen; va hacia el telón de foro casi en puntillas; lo lleva apenas; hace un gesto de alegría; entra el Arzobispo, extiende la mano a Gaínza este se inclina y besa el anillo; caminan muy solemnes hasta el primer plano; el resto se pone de pie; el Arzobispo extiende la mano; todos le besan la mano con mucha inclinación; el Arzobispo se recuesta en el diván. Los demás se sientan; con excepción de Gaínza que permanece de pie y dirá sus parlamentos paseándose nerviosamente. Los movimientos en los otros parlamentos son libres.

Gabino Gaínza:

Bienvenidos.
Vuestra puntualidad me llena de regocijo, cualquier retraso puede ser fatal en estos días.
Perdonad si el subterfugio no ha sido muy inteligente, pero corría tal prisa que invitaros a cenar fue lo único que pude discurrir.
(Transición)
Yo, señores,
No me divierto en injurias ni calumnias,
odio la mentira que impugno y amo la verdad que siempre alego.
Creed pues en la veracidad de lo que os voy a referir y sed, como siempre francos y sinceros.

(Castriccione e Irrizari asienten con gestos exagerados)

Quiero, ante todo, preparar vuestros ánimos con breve exhortación para daros luego un inquietante informe. No os hablará en verdad el Jefe político de este glorioso Reyno sino vuestro amigo y leal compañero de armas y de ideas.

(Castriccione e Irrizari hacen reverencias afectadas)

Todos nosotros sin excepción espero, amamos nuestra España y somos fieles a su Majestad Fernando Séptimo.

(Los mismos hacen reverencias afectadas)

Por ello henos aquí reunidos a fin de salvar este Reyno de un gran desastre, para mayor gloria de Dios del pueblo y de la madre España.

(Un silencio: los últimos parlamentos caen en el vacío)

He sabido una terrible verdad de un indio...

(Interrumpe el Arzobispo)

Arzobispo:

Pero, querido amigo, ¿Cómo podéis creer a un indio? todos son ladrones mentirosos criminales

brutamente fornicarios o enfermos de la mente.

Gabino Gaínza:

Excusadme monseñor pero este hombre es un confidente mío que se ha mezclado con indios sedicentes, mestizos alevosos y aun criollos traidores. Le tienen ellos en gran estimación por su influencia en el pueblo y por su entrega a la causa de la infidencia.

Irrizari y Castriccione:

Pro-se-guid- en-ton-ces

Gabino Gaínza:

Dentro de nueve días cabales estallará una revuelta de bastas proporciones que de triunfar...

(Hace un gesto de miedo e indica que perderán la cabeza. Irrizari y Castriccione le imitan)

Indios de los Altos han enviado emisarios para conjurarse con pipiles y lencas a fin de obtener un estallido simultáneo.

Marqués de Aycinena:

Me tienen sin cuidado las conjuras de los indios. Su ignorancia y brutalidad les impiden acciones organizadas. Ellos no constituyen peligro para nadie.

Gabino Gaínza:

Participan también negros, mulatos, los sólitos mestizos y hasta algunos criollos... ¿Opináis lo mismo?

Marqués de Aycinena:

Sí, opino lo mismo.

José Cecilio del Valle:

Señores vamos al punto. Evitemos discusiones inútiles y rodeos. Esos informes y otros más que todos conocemos indican que vivimos bajo el signo de julio del cuatro y del catorce y que debemos responder cuanto antes a una pregunta que tiembla en los labios de nosotros: ¿Declaramos o no la independencia?

(Un silencio)

Para dar mi opinión os digo: de la misma forma que un pajarillo no puede alzar el vuelo y separarse de la madre antes de que sus alas crezcan y sus tiernos huesos fortifiquen, este Reyno cometería grave error si desplegara velas para navegar solitario en el mar azaroso de la vida independiente. Sé que el informe dado por su excelencia

no exagera los peligros
mas recordad:
en el norte
brilla un águila poderosa
dispuesta a
devorar
estos polluelos
en cualquier momento

Isidoro Castriccione:

Las palabras de
José Cecilio del Valle
son conmovedoras.
Pero seamos prácticos
os lo suplico,
olvidemos
a los indios
para meditar
en el destino
de las naciones.
Dirigid vuestra mirada
a Veracruz,
hacia La Habana
deteneos un momento
en Acajutla o en El Realejo
y preguntaos
¿son acaso
esas ciudades
puertos?
Si en tres meses
no ha llegado un buque!
Debéis saber
ya
que en esos portezuelos
tenemos existentes
dieciséis mil zurroneos de tinta
más o menos
y con algunas pocas proporciones
que se cosechen
en dos
o tres años
llegarian a juntarse
veinticuatro mil
zurroneos.
Yo amo a España
Sí!
a nuestro buen rey
Fernando Séptimo
a nuestra Santa Madre
La Iglesia Católica
pero...

(Alza la voz y recita casi a gritos)

¿qué queréis?
si los barcos de España no llegan
si la tinta se pudre
y todos nos hallamos
al borde de la quiebra.

(Primero vacilante, enseguida decidido grita)

Viva Inglaterra
la reina
de
los mares.
Viva Inglaterra
la soberana de los oceanos.

*(Expectación, un silencio; Irrisari aplaude; el resto
guarda silencio; Irrisari se apresura a intervenir con
recitación grandilocuente)*

Irrisari:

La Real Hacienda de Guatemala
se encuentra
en una muy triste situación
su déficit anual asciende
a noventa y cinco mil pesos
cuatro reales
y dos medios.
Sabed que ni
mi grande amor
por este Reyno
ha bastado
para convencerme
de otorgar un nuevo préstamo.

(Recita casi a gritos chillones)

En intereses solamente
me adeudan
más de doscientos mil pesos
dos tostones
cuatro reales!

*(Un silencio. Luego con duda y después con decision,
grita)*

Viva Inglaterra
la de los ágiles buques

la de los bancos gigantes!
Viva Inglaterra!

(Expectación, un silencio. Castriccione aplaude)

El Arzobispo:

(Al principio con negligencia, luego fervorosamente)

Por favor
No hablemos
de negocios materiales
que podemos caer
en la más exorbitante
desvergüenza.
Veamos las cosas de otro modo.
Yo pregunto a la nación:
en qué la agravia su independencia?
qué injurias recibe de ella?
o qué afrentas?
Habéis olvidado por ventura
que nuestra segunda madre
ha retornado
a los peligrosos y ateos
extremismos
de la Constitución de Cádiz?
Y en cambio Nueva España
sabiamente
ha proclamado
El Plan de Iguala,
reconociendo
la religión católica
sin tolerancia
de otra alguna
y conservando
para el clero
su statu-quo.
Entre Cádiz e Iguala
Viva Iguala!
Viva nuestra Independencia!

Irrisari y Castriccione:

Entre Cádiz e Iguala
viva Iguala
viva nuestra Independencia.

Gabino Gaínza:

Concretemos.
Debo ante todo preguntar:
¿Cuál será el contenido
de esa vivada Independencia?
No basta con decir
el Plan de Iguala.

Isidoro Castriccione:

Comerciar con Liverpool.

Irrisari:

Pedir prestado un millón
a cualquier banco de Inglaterra
para salvar
la Real Hacienda.

Arzobispo:

Garantizar los
intereses temporales
y también espirituales
de nuestra Santa Madre.

Isidoro Castriccione:

La circulación del índigo,
libre, caudalosa, plena
por las fábricas de Europa

Irrisari:

En Guatemala
en San Salvador
brotarán los bancos
y germinará la industria.
Como una hermosa flor de oro.

Isidoro Castriccione:

El algodón
ya sin cadenas
derramará su blancura
en Nueva España.

Irrisari:

Surgirán ciudades
en los campos
y algún día
los ferrocarriles
correrán en las praderas

Irrisari y Castriccione:

La Independencia es progreso.
La Independencia es libertad.
Vivemos la independencia.

José Cecilio del Valle:

Somos muy jóvenes todavía,
inmaduros, inexpertos,
reflexionad...
Veo venir guerras civiles
crímenes horrendos,
la gran nación despedazada,
y el águila del norte
batiendo sus poderosas alas
sobre los polluelos dispersos
en estas bellas tierras,
reflexionad os lo ruego.

Irrisari:

La conjura,
nuestra economía rota,
el Reyno en la miseria,
¿no son suficientes reflexiones?

*(Se oye el clamor del pueblo. Por la puerta entra
Barrundia con violencia, como brotado del clamor.
El Arzobispo se alza alarmado. Da su mano para
que se la bese Barrundia, quien no la besa)*

Barrundia:

Está a punto
de estallar
la rebelión.
El pueblo agitado
grita:
Viva la independencia
muerte a los gachupines!

*José Cecilio del Valle:
(Sombrio)*

Ya es muy tarde
para restablecer
la quietud.

Arzobispo:

(Agitado, mueve la cabeza y cae el solideo)

El orden
es la primera ley del cielo.

Barrundia:

Agentes franceses
incitan a la multitud
quien está en contra
de todo lo establecido,
y...

Todos: (Interrumpen con excepción de Valle)

Declarar la independencia
he allí la salvación!

Arzobispo:

Pero no esa Independencia
que exige la muchedumbre
llena de violencia
y de sangre.

Todos:

Pero no esa independencia
que exige la muchedumbre
llena de violencia
y de sangre.

Barrundia:

¿Y cuál otra independencia?
tan pronto olvidásteis la lección,
quatorce de juillet de mil setecientos ochentinueve,
La Antonieta, Robespierre,
Jorge Washington, Luis dieciséis...

*(Un silencio. Todos miran con desprecio a
Barrundia)*

No os hagáis más ilusiones
vuestra hora ya sonó,
Las cabezas no estarán
por mucho tiempo sobre el cuello.

(Un silencio. Mayor desprecio)

¿Qué ha sido de las vírgenes nahoas
de los viejos mayas,

(Pasa a la página 7)

Vagamente recuerdo que hacía un calor de todos los diablos y que mi preocupación inmediata era comerme un helado de fresa o tomarme un refresco de chan, pero la fogosidad del orador que en ese momento tenía la palabra y que había mencionado "Patria" con gran heroísmo, me produjo tal emoción que sentí un vientecito en el pecho y deseos por hacer algo que admirara la gente, por esa "Patria" mencionada allí. Debe disculpárseme tal arrebató, pues en ese tiempo me ponía de pie al oír el Himno Nacional y declamaba con los ojos trabados la "famosísima" Oración a la Bandera. No recuerdo con exactitud si se trataba de la plaza Libertad o de otro terreno baldío, pero sí que había regular número de gente parada. Un señor de bigotes me dijo en ese momento: má cipote llévale este botón a tu papá y decíle que vote por el prud que es el mejor partido; sí señor...

A toda la gente se le veía contenta y luciendo su botoncito prendido a la camisa o en la solapa del saco. Una señora gorda decía con inmensa dulzura a su vecina y vieras qué guapo, ay sí es el coronel más guapo que he visto en mi vida, ya lo vas a ver. En ese momento subía a la tribuna un señor de cachucha bastante colorado de la cara y entonces la gorda le decía a la otra, miralo, miralo, no te lo dije y la otra sí vos es cierto y dicen que es bueno con los pobres y que los ricos lo quieren mucho. En ese momento se oyen aplausos por todas partes y un señor de nuca roja, grita con tal fre-

nesí que hasta se le hinchan las venas del güegüecho. Hay algo que me recuerda la clausura de la Pacheco Castro cuando saqué sólo dieces y decían que tenía aptitudes para la agricultura; yo creo que es el montón de gente o el olor a polvos Para Mí que vienen en unos sobrecitos amarillos con una muchacha bien pintada y que enseña los dientes de lo bien contenta que está.

En el último aplauso comienzo a retroceder y la gente en sentido contrario me lleva de aquí para allá pues el mister de cachucha ha terminado de hablar y quizá todos le quieren dar la mano y una señora empuja a la hija y le dice andá hija que te vea y decíle que sos del comité, andá no seas boba. Otro grita "viva mi coronel viva" una señora de delantal rojo quiere darle una minuta al "viva mi coronel" pero es rechazada por un señor que dice fuertemente permiso, permiso. Después supe que esos se llaman orejas porque un señor que estaba parado en la esquina de París Volcán o sea frente a la Dalia, dijo que esos eran orejas que lo andaban cuidando, quien se va a robar a semejante hijueputa dijo y que se le veía que estaba bien bravo porque dijo que el no le aplaudía a los tiranos pues eran unos ladrones y que por eso estaba el país como estaba y que eso sería confundir el sebo con la manteca, el pupú con el papá o el gato por la liebre. Francamente, dijo, el pueblo no ha botado los dientes de leche en cuanto a política se refiere...

josé maría cuéllar



...donde esta ciudad se confunde con el corazón del odio, del otro odio que nos empuja a los empleos, a sus estrechas callejas habitadas por criaturas extrañas, donde el solo arder de la llama está apagado, donde la noche escuda nuestros lechos ufanos, cagados de afán y podredumbre; seres ambulantes que viven emocionados con el fútbol y la guerra a los vecinos, alterando las emociones, los sueños, enterrando con miles de prejuicios los amores intactos y olorosas a religión y a mercados lodosos desde siempre.

Cada paso es descubrimiento, descubrimiento de actos y mentiras políticas, viviendo uno solo con sus cosas, aferrándose como un desterrado a nuestra verdadera e íntima ciudad del fondo, escalando cada día los sonidos desternillados de neurosis pipil que nos hunde en la tarde; en la tarde que transcurre alejada en el tiempo, en los días soñolientos en que vago por este hermoso circo que es mi ciudad, Salvador sin el san, el salvado eres tú, eres nadie que sólo se descubre trotando misteriosamente detrás de alguna mujer desordenada. Parisito, mi paris ciudad desierta, llena de mamaitas encolerizadas con su sexo, de lacayos que lamen lágrimas rodando sobre el pavimento oscuro de sus conciencias. La noche que nos hace partícipes de este suelo en que la ciudad se ha erigido por sí sola, con prostitutas trotando en sus calles más elegantes, buscando la soga en la soledad de estos hombres machacados, escupiendo licor barato y fantasías mentales. ¿Quién no huye de ti, ciudad envejeciendo a tus habitantes? ¿Quién no lava tus heridas de puta con vida propia, de puta calamar que nos moldea, que nos atrapa en sus costillas calientes al mediodía destruyendo oídos con el atroz ruido de las máquinas humanas; estos personajes que conozco por sus señas, sus rostros, habitantes escogidos de la fauna maravillosa de la muerte, del temor cotidiano que nos azota con sus policías uniformados de conciencia.

mauricio marquina



Tropezando en los cafetines con las amistades nauseabundas, apollilladas en su manera de ser, saludando con ese Quiubo tan vacío de amor; entre nosotros, exquisitos farsantes, la virtud es señalada a la luz del día y el vicio y la noche son hijos naturales preguntando a solas por el sexo que flota desnudo en nuestras cabezas de esclavos. Donde el amor está mañosamente apegado a la idea de posesión, pobres mendigos de sentimientos, avaros de la pureza de ser libremente, desprendidos de la violencia que se esconde entre nosotros, habitantes en los cuales la ciudad reparte su coraje de entregarse como una mujer dulce y sedienta de semen. La ciudad es una jaula. La jaula desemboca en las calles, las iglesias, los barrios, las barriadas miserables espantando la muerte que sobrevuela en la aventura del robo o de la entrega. La luz que llega a este cuartucho desbocado en que habito entre libros amontonados, papeles manchados por la emoción y la pérdida del sentido del tiempo, los ruidos de la lavandera que hacen más amables el comienzo del día, abandonando las clases y el hospital a cambio de este oficio triste y sin mucho sentido. Escuchando el disco de Stockhausen en contrapunto banal con mis pensamientos, deslizando mis dedos sobre esta máquina agujereada de chillidos metálicos.

En mi ciudad hay de todo lo que ustedes gusten: gente bien, indígenas descalzos, harapos caminantes, desnudrición, alcoholismo, comunistas, sanguinarios, extranjeros que comulgan con nuestras mujeres. Creo que sin almacenes esto más bien parecería un desierto; nuestro centro de gravedad no es espiritual como en esas ciudades antiguas, más bien nos sujetamos los pasos a las manos y esperamos los buses en silencio, nerviosos, buscamos el asiento más alejado callados masticando soledad y recuerdos afilados por el viento del día, que nos hace encontrar la nariz con los cabellos secos y la boca abierta...

SAN SALVADOR. JOSE ...
(Viene de la página 5)

de sus huérfanos?
de los negros pálidos, ¿qué ha sido?

(Un silencio. Gestos de burla)

Durante trescientos años
habéis violado y degollado
aun sin ira,
os habéis empapado de sangre niña
las mandíbulas,
de caca el corazón
la boca el culo...
(transición)
Los pobres negros murieron ahorcados
para un viernes Santo.

Arzobispo:
(Con chillidos)

Repugnante liberal
¿qué palabras soeces escapan
de tu boca inmunda?
Insolente, bribón...
fuera...

Barrundia:
(se impone)

Mirad cómo humean los huesos zutuhiles
quichés y cachiqueles,
espaldas cimarronas en la mina,
mulatas en la noria del trapiche,
el diete de los niños, ¿cómo humea?

Todos:

Criminal, criminal
salid inmediatamente.
Id de regreso a la chusma
a la cual tu perteneces.

Barrundia:

Yo sé de vuestros planes,
el plan de los traidores
el plan de Iguala.

(Van a responder pero se oye el clamor del pueblo
encendido. Después silencio).

Marqués de Aycinena:
(negligente)

No os debemos ninguna explicación
pero sabed que tenemos ya decidida
la independencia que tanto pregonáis,
regresad al pueblo y decidlo así.

Irrisari:

Sí señor Barrundia,
de inmediato entablaremos relaciones
con todas las naciones del orbe.

Castricciones:

Con Inglaterra especialmente.

Barrundia:

(fuera de sí)

Próceres de mierda.
La patria no es una doncella buscona
una puta que se vende
primero al español
después al británico.

Marqués de Aycinena:

(con negligencia)

He allí lo que en la ciencia política
llamamos un exaltado
y en la ciencia militar
un desertor
lo menos que se merece es una paliza.

Barrundia:

(Al mismo tiempo que sale fuera de escena escupe)
Si os conformáis

con una independencia
que dejara intactas
las cadenas
más tarde o más temprano
ha de correr
sangre noble en el arroyo.

Todos:

Fuera! Fuera!

(Barrundia sale. Se oye el clamor popular. Después
silencio).

Arzobispo:

Evidentemente.
Debemos declarar la independencia,
no sea que el pueblo
la declare
y entonces sus consecuencias
serían desastrosas.

(Todos, incluso Valle, asienten)

Marqués de Aycinena:

Estimo
que José Cecilio del Valle
es quien debe redactar
el acta pertinente.

(Todos asienten)

José Cecilio del Valle:

Acepto.

(Va hacia el escritorio y escribe. Afuera, pero lejano se oye el ruido del tumulto. El sirviente descorre el telón de foro).

Sirviente:

(muy ceremonioso)

La cena está servida.

(Pasan a la mesa. Valle sigue escribiendo. Gabino Gainza trincha el guajolote. Caen el telón. Por uno de los laterales ingresa al proscenio un hombre vestido de azul, quien saluda al público y canta la canción "Sin toro torojil").

(Fragmento de la obra de teatro:
Anastasio Rey).

SAN SALVADOR. JOSE ...
(Viene de la página 3)

novia, pero nunca cedí a sus insinuaciones o dejaría de llamarme Carlos, después él se cansó de asediarme y todo paró ahí, lo que él me regalaba yo lo regalaba a mis amigos. Este maricón me asedió tanto como una vieja solterona que luego perdí de vista; con ella sí me acosté, hicimos el amor como pocos lo han hecho, ella hasta lloraba de feliz en la cama y me pedía que le mordiera los senos cuando estaba en el clímax del coito. Después, cuando tuvo confianza conmigo me explicó que eso era algo extraordinario para ella. De esa manera se sentía madre. Con el tiempo me pedía que hiciéramos nuevas posturas, yo la complacía, pues eran mis primeras armas respecto a las mujeres que no podía menos. Aquella relación se acabó de pronto y no sé por qué; hoy, cuando la encuentro, ella se hace la desentendida; algunas veces se me ocurre molestarla y trato de hablarle, ella apura el paso, se pone altiva, seria y no se que más; está en plenas facultades de su vejez: es dama de la Cruz Roja, de la hermandad de San Vicente de Paúl y de la Sociedad Protectora de Animales "Piedad y Justicia". Varias veces la he encontrado por las calles con un periquito en el hombro. Siempre fue muy piadosa.

Mi entrada a la ciudad fue por todos sus costados: la desgracia, pasa un camión sobre una anciana, el amor, buñuelos de yuca y almídon, la amistad, gallinas, el desprecio, canastos con iguanas y garrobos, salporones de afrecho y de maíz, el desamor, rimeros de nances, el robo, tasajos, la cordialidad, nisperos, la amistad, tamarindos, la calle cubierta con canastos de verduras y tomates y ramilletes de flores, la hipocresía, zunzas, el odio, el parque lleno de limpiabotas, zapotes, la comunicación, queso en cuajadas, la insidia, bananas, la incomunicación, perros callejeros, la indiferencia, jocotes, pupusas de chicharrón, canalladas, lorocos, melcochas, la maldad, tamarindos, la atención, naranjas de Los Planes de Renderos, muñequitos de barro de Hobasco, sandías... es decir, por todo lo que hace y es la vida...

Muchas veces la mañana me encontró y me encuentra por las esquinas de la ciudad, con el cuello de la camisa levantado y las manos en los bolsillos, sin un centavo. Siempre me gustó caminar por esas calles y avenidas desiertas, cuando sólo se escucha el tintineo de las carretillas de los canillitas y los lecheros y los gritos de las madrugadoras vendedoras de shucó caliente; la brisa arrastra los pedazos de papel y resto de basura del día anterior. De las alcantarillas se levanta un vaho neblinoso, tibio y mal oliente. Es un yaho espeso, penetrante...

He corrido por todas las calles y avenidas. Me he cruzado por la Senda de Jerez hasta la 29 de Agosto para llegar al Chiquero Amaya y tomar un plato de mondongo. También me he topado con las prostitutas que bajo los pocos árboles de la Calle Arce y Rubén Darío se paran a esperar clientes, me he metido en más de una pensión de la Calle Celis. Por la Quinta Mansión anduve leyendo de la policía

después de un mitin en la Plaza Libertad. Me escondí en Mejicanos y La Rábida y Flor Blanca, pero caí preso en Las Lomas de Candelaria, cerca de San Jacinto; estuve en las celdas de la guardia y la policía nacional, me escondieron en una villa de Los Planes de Renderos, tuve de compañeros de prisión a muchos conocidos y desconocidos, después nos fixaron en la frontera con Guatemala, también estuve preso ahí, pero conocí el rostro de la primavera; no fue como en Honduras, que me llené de amebas los intestinos por el agua sucia que se toma en Tegucigalpa...

Esta ciudad se extraña de la risa, es tan adusta como esta casa que nos alberga. Aquí el amor se diluye en mil encuentros que no conducen a nada. He aquí que estamos dispersos en el ambiente abigarrado que habitamos. He aquí que la comunicación tiene un radio de acción increíblemente corto. Somos desconocidos entre conocidos. Juntos, solos en una tierra de nadie...

Pero nuestra ciudad no sólo da tristeza. Enseña la prisa. El movimiento es su destino. Ese abandono de la ciudad, ese apacible instante de la ciudad en las madrugadas, me hicieron comprender que tenía que acoplarme a ella; lo que vendría después sería de mi dominio. Fui entrando a su movimiento como éste entra en ella cuando el día avanza. Pero eso fue mucho después que dormí en parques, en las gradas de catedral o entre las piernas de Isabel la Católica o entre las de Cristóbal Colón o entre las patas del caballo de Gerardo Barrios. Estos sitios eran preferibles a los dormitorios públicos municipales.

Eso pasó, es arqueología emocional que sólo conduce a mi actitud de hoy: turista en mi ciudad. Hoy hablo de ella, hoy la recorro y la envío en palabras como Post Card. Es algo que me gusta y siento pero fallo a la hora de mostrarla a plenitud. Los mismos ojos de las gentes, los mismos colores que entregan los mercados, la misma algarabía con que topo en las calles, las mismas flores naturales de antes que hoy son de cera o plástico, la misma historia de los nombres de las calles y avenidas, la misma gente y toda esa otra orilla que no encuentro, me emplazan, dejan en mí el deseo de llegar al puro olor y al sabor de esta ciudad que estamos envejeciendo. Y es que la ciudad es ésta y la otra hasta el infinito... Todas sus puertas dan al principio de ella. Pero ella no principia en las puertas, ahí termina. El movimiento es su destino. Es un cambiante clima la ciudad. Cuando el miedo está a punto de convertirse en río que se lo lleva todo, y creemos que el valor se coaguló, estallan las revueltas y los héroes.

Mi ciudad es cambiante, es un perpetuo movimiento. Su pasado es presente, su presente es pasado. Su futuro está aquí, en este instante. No hay lugar seguro en la historia para esta casa. No se hunde en las corrientes rápidas del tiempo ni se sale de esas corrientes superfluas, epidémicas, que traen y se llevan las modas. Ella es un tiempo. Ellas es todos los tiempos y es ninguno.

—Yo no perdí la mía sino que ustedes entraron a ella".

San Salvador

mario salazar valiente

Luciano llegó a su casa impresionado aún por lo ocurrido esa tarde en la Universidad. Sus dieciséis años enjutos habían recibido una fuerte sacudida que le provocara un mareo extraño y placentero.

"Debemos sostener la lucha contra el tirano... El estudiantado se declara en huelga general... La sangre de los fusilados debe caer sobre la frente de Martínez... Abajo Martínez... Viva la huelga general..."

Sucedió en el viejo caserón de madera en donde estaba la Escuela de Derecho. La masa de rostros sudorosos y ojos fulgurantes había gritado y palmeado a cada ráfaga de palabras. A Luciano Mártir le había parecido que no eran palabras. Las palabras eran otra cosa. Esto era algo así como el chasquido que producían los latigazos al aire que acostumbraba dar su abuelo o tal vez como, quién sabe, pero no eran palabras. Las palabras eran otra cosa.

Aquella tarde no había podido escuchar la musiquita juguetera del reloj de Catedral, apagada por la gritolera estudiantil. El sonsonete que anunciaba los cuartos de hora huía rumbo al Bengoa o se metía en las orejas frías de Isabelacatólica y de Cristóbal, testigos rígidos, como idiotas catalépticos, de las premoniciones anónimas que barrían las calles de San Salvador.

"Viva la huelga general... Vivaaaa..."

El platillo de zinc descascarado con las bocas: jocotes, pedazos de mango verde, caña y sal. El mostrador lustroso. Serrín ocre regado sobre el piso impregnado de los escupitazos espesos que siguen al trago de guaro como la noche al día.

—Ese hombre sí que es cachimbón, la puritita mengambreya.

—Echémonos el otro pañá.

—Salú, pué.

—Salú.

* * *

—Viva el Doctor Arturo Romero:

Desde la cantina del Canal de Panamá hasta la de Nueva York, a lo largo de la mariano méndez, en los alrededores de la volcaneña, en el parque colón, por la aldea de san antonio, en las barras del atlético, en los billares del principal, allá por la mañanitas, por las faldas del tecana y del cerro de santa lucía, por el desvío a la laguna de coatepeque, en las pupuserías del chilamatal, en los cafetales de antiguo cuscatlán, en las chicherías del quezaltepec, en los estancos del barrio de candelaria, en las fritangas de la tiendona, en las pensiones del zanjón zurita, en los bares del astoria, en los burdeles de soyapan-go, en los campos de golf del country club, en la confederada de obreros, en los orinaderos del gambrinus, en los chivaderos del casino salvadoreño, en los mostradores del bengoa, en los reservados de la praviána, a lo largo de las playas desde acajutía hasta el cuco, allá por los manglares de la herradura, entre los maizales de ozatlán, en los atracaderos de ruzuco, por las canasterías de analco, en las barrazas de lempa, a la vera de los manglares de el espino, en los cañaverales de tojutepeque, en los telares de san sebastián, en las sacaderas de chaparro de masahuat, en las minas del divisadero, en las alfare-

rias de ilobasco, en las majadas de ostúa, por los tiangues de mejicanos, en las fresquerías de san vicente, en los baños de la toma, bajo los ujuhtes del cantón dos-quebradas, en el barrio de arriba de los izalcos, en los montes y valles de los nonualcos, por los garrales de quelepa, en los caseríos de floramarilla, desde el chingo a conchagüita, desde los sisimiles a los cóbanos, del miramundo hasta el chaparrastique, por todos los rincones y cuevas, hondonadas, agujeros, recobecos y laberintos, ha ocurrido un prodigio: el alcohol se convierte en el verbo:

¡viva romero hijos de puta!

* * *

El Salvador es un país de 22.000 Km. cuadrados. Es un país de lagos y volcanes. Usted, mister Gran Socio, miss Sociedad Opulenta, no deje de visitar las medicinales aguas del Lago de Coatepeque (1 hora de distancia en automóvil desde la capital) o las de Ilopango (a quince minutos del aeropuerto). Si prefiere el mar, tiene el Pacífico a media hora, a través de una espléndida carretexa moderna que lo lleva al Puerto de La Libertad conectando con la Litoral. Bellísimos panoramas podrá usted contemplar: El Zunzal, El Tamarindo, Conchalfo, Majahual, El Tunco, Mizata, Shalpa y tantos y tantos acantilados, roquedales, bocanas y esteros desde donde contemplará las azules y tranquilas aguas descubiertas por Núñez de Balboa. Visite El Hotel Conchalfo o el Hostal Alcázar (aire acondicionado), con sus hermosas cabañas típicas y disfrute de excelente alimentación y cómodos cuartos.

Según el último censo se quedarán este año sin asistir a la escuela 500.000 niños. Tres mil quinientos profesores egresados el año anterior no podrán trabajar en educación. La enseñanza primaria es obligatoria por orden de la Constitución; el setenta por ciento del pueblo no sabe leer ni escribir. El Salvador, ocupa el tercer puesto en el escalafón de los desnutridos del mundo (informe de la OMS). La mitad de la población (esa gente rústica y pintoresca del campo) vive del espléndido aire puro y soleado de nuestras tierras.

El Salvador es un país pacífico, democrático, republicano y representativo. Su historia se remonta a supuestas emigraciones provenientes de México. Todavía existen algunos núcleos indígenas: Izalco, Panchimalco, los pueblos nonualcos. Usted, señor antropólogo de la Pittsburg University tiene un campo virgen para sus investigaciones. El Salvador es un país próspero, la cabeza industrial de Centroamérica. Visite la Feria Internacional de noviembre y podrá usted adquirir la jarcia de Jalapa, los grabados en madera de San Pedro Sula o el fino tabaco de Olancho.

El Salvador es un país de lagos y volcanes, democrático, republicano y representativo, y además cristiano.

NO/TÚ, país corcoveo de potro chúcaro, monumental llaga, alacrán de picada siniestra, gran estafa cotidiana, terremoto perpetuo de iniquidades, mentira rotunda, galope dolorido de niños tristes, TU no eres eso, no eres ese país de lagos tranquilos y volcanes hermosos como toros hebreos, no eres ese

país de litoral de azules algas. NO. Tú eres un bellissimo chancro asomando en la joroba de la cordillera americana. Y si no que lo diga yo, el Gran Mártir, que sin quererlo, como tus golpes de estado o tus robos eternos de la cosa pública, sin desearlo, me ofrendé en sacrificio laico y profano: una gota más, una gota más a la expiación colectiva que exiges para poder continuar existiendo como gran brujo parásito y succionador de sangre y pus, ajotador de gavilanes de cementerio y ácidos perros enlutados en perpetuidad. Eso eres tú: la gran mazmorra de madres que amamantan a sus crios con café de cáscara de aguacate; el gran ladrón esquilma-dor de arados; el brillante mustang destripador de niñas y ancianos; la gran argolla de "yo soy el dueño de estos 22.000 Km.² y qué..."; la gran

tenaza mordiéndole el meñique al rechazado; el terco fraude, abajo el tirano, mientras soy estudiante universitario, agarro fama y gano plata— es necesario defender el orden y la institucionalidad, cuando escaio una subsecretaría o cobto los diezmos de la gran familia.

El Salvador, es un país de lagos y volcanes, tranquilo, democrático, republicano y representativo.

Peró yo, Luciano Mártir, te apostrofo porque aunque me asesines a cada segundo de tu existencia de leño incendiado, seguiré venerándote tal como eres, y por eso te maldigo y te la miento a cada raio, de puro cariño.

—Te quedás a medio decir las cosas Luciano. Te quedás en un leve aletazo inauténtico y retórico, pero bien...

* Fragmentos de novela inédita.

